

Aldo Mazzucchelli\*

## ⇒ La ironía, clave de una modernización sudamericana: las desconocidas crónicas urbanísticas de Herrera y Reissig en el diario *El Uruguay*, 1905

**Resumen:** Este trabajo se concentra en un conjunto de crónicas y artículos del poeta Julio Herrera y Reissig (Montevideo, 1875-1910). Publicados originalmente en 1905, los textos no habían sido republicados ni discutidos hasta ahora. La visión crítica de Herrera lo ubica como observador original, distanciado tanto de quienes se oponían a la modernización desde visiones nacionalistas y de rechazo a lo extranjero, como de quienes alababan una mera trasposición de estilo y modas europeas en las ciudades latinoamericanas.  
**Palabras clave:** Herrera y Reissig; Ironía; Crónica urbana; Modernización; Uruguay, Siglo xx

**Abstract:** This work focus on a set of chronicles and information articles published by poet Julio Herrera y Reissig (Montevideo, 1875-1910). The articles, which were originally published in 1905, have not been republished or discussed until now. Herrera's critical views position him as an original observer, removed both from opposers of Modernization based on nationalism and rejection of foreign cultures, and partisans of a simple translation of European style and fashion into Latin American cities.

**Keywords:** Herrera y Reissig; Irony; Urban; Chronicle; Modernization; Uruguay; 20th Century.

### 1

A continuación ofrezco un conjunto de textos desconocidos de Julio Herrera y Reissig, el poeta nacido y muerto en Montevideo, que vivió entre 1875 y 1910. Estos textos, además de su valor intrínseco, dan oportunidad de apreciar la aproximación de Herrera y Reissig al género de la crónica periodística, un aspecto de su obra escasamente conocido. Los textos fueron publicados bajo seudónimo (o, en varios casos, sin firma) en el diario *El Uruguay*, que apareció en Montevideo entre septiembre y diciembre de 1905, y no han sido incluidos en ninguna de las recopilaciones o ediciones de obras de Herrera y

---

\* Aldo Mazzucchelli es Assistant Professor en el Department of Hispanic Studies de Brown University (EE. UU.). Ha publicado una edición crítica del Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer (2006) compuesto por Herrera y Reissig en 1900 y La mejor de las fieras humanas: vida de Julio Herrera y Reissig (2010). Sus áreas de investigación son la teoría de la metáfora, la modernización transatlántica y la relación entre lo racional, lo irracional y lo oculto en el espacio transatlántico durante el siglo XIX.

Reissig desde entonces. Se trata pues de ofrecer por primera vez al público contemporáneo las crónicas urbanísticas del poeta. Además de esas columnas, incluyo también la primera transcripción de un fragmento manuscrito, encontrado entre sus papeles<sup>1</sup>, para una nueva crónica –titulada en este caso, de modo ligeramente distinto, *Bulevarderas*–, la que obviamente forma parte de la serie, pero que no llegó a ser publicada nunca. Finalmente, selecciono un texto más, entre los varios que aparecieron, sin firma, en el mismo periódico, y que por estilo, tema y referencias contextuales, son también de Herrera y Reissig.

## 2

El diario *El Uruguay*, bajo la dirección de Benjamín Fernández Medina, se publicó en cuatro páginas de formato sábana, de lunes a sábados. Su primer número apareció el miércoles 6 de septiembre de 1905 y su último número, el lunes 4 de diciembre del mismo año. Sus 74 números no alcanzan a cubrir, pues, tres meses completos de existencia. De orientación colorada –partidario de la facción de ese partido por entonces en el gobierno, encabezada por el presidente José Batlle y Ordóñez– reunió un importante núcleo de colaboradores, entre los cuales se cuentan Carlos Oneto y Viana (redactor de la Ley de Divorcio que Uruguay aprobaría, en su primera versión, en 1907), Ángel Floro Costa, Carlos Manini Ríos, Gervasio Guillot, Amlet Bazzano, y Samuel Blixen (quien aporta al menos una nota con el seudónimo “Suplente”, y es por entonces el crítico más influyente del país). La redacción del periódico ocupaba cuatro puertas (40, 42, 44 y 46) en la elegante calle Mercedes, en el centro de la ciudad.

La estructura del diario, sus enfoques, y la publicidad incluida, revelan los intereses editoriales y permiten anticipar el público al que se dirigía. La primera página del periódico propone, cada día, un inequívoco mensaje de ‘progreso’, dentro de una tendencia positivista ya madura para esos años luego de décadas de hegemonía en Uruguay, tanto en su universidad como en la élite intelectual y política. La zona intelectual de esta élite (que no la política) venía, no obstante, intensificando una reacción neo-idealista contra ese positivismo, mezclada con la primera cristalización de las visiones antinorteamericanas, especialmente a partir de 1898 – el *Ariel* de Rodó, en 1900, es el evento más visible de esa reacción. Herrera y Reissig se mantuvo, no obstante, relativamente alejado de esa reacción neo-idealista, como lo va a mostrar en su constante priorización de una racionalidad aplicada al progreso material, su prescindencia respecto de la cuestión antinorteamericana y su crítica a Rodó por mantener una postura que él consideraba excesivamente idealizante y escasamente pragmática.

El periódico reporta, en primera página, las nuevas obras en Montevideo y en el resto del país, a lo que se suma en esa portada un porcentaje, que raramente llega a la mitad del espacio, de notas de opinión política. La página 2 está dedicada mayormente a notas sociales. En esos sueltos sociales sin firma, que reportan casamientos, fiestas, enfermedades, y noticias del mundo del teatro, se percibe a menudo el uso de adjetivos inusuales

<sup>1</sup> Las referencias a textos, cartas y testimonios inéditos provienen de la Colección Herrera y Reissig, Biblioteca Nacional de Uruguay, Departamento de Investigaciones y Archivos Literarios.

y un tono ligeramente irónico (aun en textos esencialmente informativos), característico del estilo de Herrera y Reissig, quien se encargó de la sección durante un tiempo. De acuerdo con su orientación positivista y progresista, el diario informa ampliamente sobre los cambios modernizadores que por entonces el país experimentaba. Su programa dice: “*El Uruguay* tratará de reflejar sinceramente en sus columnas las actividades del país; la acción gubernativa y parlamentaria, la del comercio, la de las industrias y del trabajo. Nada de lo que pueda interesar a un público, cuyo nivel intelectual se eleva cada día, deberá ser ajeno a su atención”.<sup>2</sup>

### 3

Durante esos tres meses de existencia de *El Uruguay*, al tiempo que contribuye al periódico con las noticias sociales (la tarea para la que había sido contratado originalmente y por la que cobraba un modesto salario fijo), Herrera y Reissig comienza a encargarse también de las notas relativas al desarrollo de la ciudad, que aparecen en una sección cotidiana llamada “Municipalidad”, que ocupa frecuentemente más de dos de las seis columnas del periódico. Herrera y Reissig publicará un total de seis notas de opinión urbanística, bajo el título genérico “Del Bulevar”, y firmadas con el wagneriano seudónimo “Lohengrin”, entre el 13 de noviembre y el 2 de diciembre.

Además, en la sección “Municipalidad”, ya antes de que aparezcan las columnas de “Lohengrin”, hay algunas extensas notas en las que, sin firma, es el mismo poeta quien anticipa detalles de los temas que ocuparán luego sus reflexiones firmadas: la construcción de la “rampla”<sup>3</sup>, la apertura o reforma de otras vías de tránsito y espacios públicos, la mejora de la iluminación y en general la transformación de la costa hacia el este del área central de la ciudad. La serie de comentarios urbanísticos comienza el 22 de septiembre con una nota que comenta el proyecto de transformación de la principal plaza de la ciudad, la Plaza Independencia, presentado a la municipalidad por el paisajista francés residente en Buenos Aires, Charles Thays. El 26 de septiembre Herrera y Reissig publica una segunda y esta vez muy larga nota (“Una avenida soberbia. – De Ramirez á Pocitos” [*sic*]), y a continuación de ese largo artículo, otros tres de información y comentario urbanístico son publicados, el 27 de septiembre (“Otra avenida del Parque Urbano á los Pocitos”), el 5 de octubre (“El Boulevard General Artigas. Importante proyecto”) y el 6 de octubre (“Nuevo sistema de iluminación”). Como puede comprobarse por el estilo, sin comparación entre quienes escriben por entonces en Uruguay, y también debido a su colaboración en la planta del periódico en esos meses, todos estos artículos son con certeza de Herrera y Reissig. La transcripción de algunos de estos artículos –no la de todos ellos, por razones de espacio– se incluye en el presente trabajo.

No me ocupo aquí, en cambio, de las contribuciones del poeta en el espacio de las notas sociales mencionadas más arriba. Tampoco transcribo la restante colaboración de Herrera y Reissig en *El Uruguay*: una crítica de teatro publicada en el primer número del

<sup>2</sup> En *El Uruguay*, I, 1 (miércoles 6 de septiembre de 1905), p. 1, col. 1.

<sup>3</sup> La palabra actual se ha cambiado a ‘rambla’. Designa una amplia avenida que bordea la costa fluvial de la ciudad.

diario, titulada “Thuiller. Un gran artista”.<sup>4</sup> Dedicada al actor español Emilio Thuiller, la nota había sido encargada por el director de *El Diario Español* de Buenos Aires, para el cual Herrera y Reissig colaboraba asiduamente desde comienzos de ese mismo año. Publicada anteriormente en ese medio, se repite ahora debido a que el actor estaba haciendo una corta temporada en Montevideo por esos días.

## 4

El más joven de los modernistas ‘canónicos’, Herrera y Reissig es el irónico por excelencia del movimiento: irónico con sus temas y, sobre todo, irónico con su lenguaje. Trastorna y hace parodia de la manera de sus inspiradores. Le influyen especialmente Charles Baudelaire y Albert Samain, y llega a construir, hacia el final de su breve existencia –el total de su producción modernista ocupa sólo una década, comenzando en 1900 y terminando con su muerte en 1910– un discurso barroco y hermético a la vez, en que la metáfora y la imagen alcanzan un empleo antes desconocido en América, y que anticipa claramente el expresionismo y el creacionismo. Se le ha comparado con Lugones, con quien efectivamente compartió la fascinación y la influencia de Albert Samain, y esa comparación ha llevado a una tediosa discusión sobre las influencias mutuas, carente de todo interés. Herrera y Reissig, quien recibe primero el espaldarazo importante de una consagración póstuma por parte de Rubén Darío –quien dedica a Herrera y Reissig su visita a Montevideo y su discurso allí, en julio de 1912– influye en importantes escritores de lengua española que lo siguen en el tiempo. Jorge Luis Borges le dedica un admirativo ensayo en *Inquisiciones*, de 1925. Pero son especialmente César Vallejo<sup>5</sup>, Pablo Neruda, y a través de este último varios de los españoles de la generación del 27 quienes le reconocerán explícitamente su maestría. Los españoles lo harían en un número especial doble, el 5/6, de la revista *Caballo Verde para la Poesía*, aparecida en Madrid en el verano de 1936, pero que se perdió completamente, debido a que el estallido de la Guerra Civil lo sorprendió en el sótano de la casa del poeta e impresor Manuel Altolaquirre. Ese número perdido, pero del que se conservan los detalles, indica la influencia de Herrera y Reissig. En él, los principales poetas españoles del momento testimoniaban su admiración por el poeta montevideano. El director de la revista y promotor del homenaje, Pablo Neruda, recuerda:

Quise honrar preferencialmente a Herrera y Reissig [...] decidí entonces publicar un doble número –5 y 6– de mi revista *Caballo Verde* y dedicárselo íntegramente [...] Ramón Gómez de la Serna escribió con su estilo egregio página y media en que destacaba la silueta del egregio poeta. Vicente Aleixandre me entregó su homenaje: un poema de larga cabellera. Miguel Hernández y otros sus ditirambos magníficos. Federico [García Lorca] lo hizo con

<sup>4</sup> En *El Uruguay*, I, 1, p. 2., col. 6; p. 3, col. 1-2 (miércoles 6 de septiembre de 1905). Antes, en *El Diario Español*, I, 94, Buenos Aires, p. 1, cols. 6 a 8 (miércoles 24 de mayo de 1905).

<sup>5</sup> En carta publicada por Espejo Asturrizaga, Vallejo menciona a Herrera y Reissig como una de sus influencias principales por el año 1917. Coyné, Franco, Oviedo y otros destacan esta influencia; ver Espejo Asturrizaga (1965: 57), Oviedo (1988: 561), Franco (1988: 578) y Coyné en (1988: 731).

más conocimiento que nadie [...] Yo escribí mi poema “El hombre enterrado en la pampa”. También contribuyeron con artículos o poemas Jorge Guillén y Guillermo de Torre.<sup>6</sup>

Esta influencia de Herrera y Reissig se ve renovada en la medida en que las últimas décadas vieron una revalorización de aquellas zonas del modernismo poético que sintonizaron especialmente con el neobarroco, y que siguen por ello estando vigentes para el lector contemporáneo.

## 5

La prosa de Herrera y Reissig, escasamente estudiada, tiene un desarrollo paralelo y algo diferente del de su poesía. En el último lustro del siglo XIX, por influencia entre otros de su tío (Julio Herrera y Obes<sup>7</sup>, ex presidente de Uruguay entre 1890 y 1894), Herrera y Reissig leyó los *Principios de Sociología* de Herbert Spencer en la edición madrileña de 1883, de Saturnino Calleja, y esa lectura, junto a sus discusiones con Roberto de las Carreras (quien para 1899 acababa de regresar de una larga estadía europea) le dieron materia para la inauguración de un tipo de texto del que no hay antecedentes: la parodia de la ciencia social y psicológica evolucionista de su tiempo, hecha en clave sudamericana. En efecto, como ‘daño colateral’ de aquellas lecturas socio-darwinistas, entre 1900 y 1902 Herrera y Reissig había escrito –y no había podido publicar– un largo y extravagante *Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer*<sup>8</sup>, donde intenta la crítica de la moral y las costumbres de sus compatriotas, en un ensayo que hace a la vez esa copia y esa parodia de los tratados clásicos spencerianos. Si Herbert Spencer especulaba de primera mano con datos de segunda mano –provistos por sus múltiples fuentes, frecuentemente viajeros y exploradores británicos y europeos alrededor del mundo– Herrera y Reissig especula de segunda mano –siguiendo los esquemas spencerianos– con datos de primera mano. El resultado es un deslizarse entre la repetición de los dogmas del socio-darwinismo y una serie de irónicas iluminaciones respecto del desajuste que tales dogmas revelan cuando se los trata de aplicar al análisis de una población heterogénea, con una relación excéntrica y propia tanto con lo ‘civilizado’ como con lo ‘salvaje’. Herrera y Reissig se opone furiosamente a la mera imitación sudamericana de lo europeo. En la mencionada crítica de Thuiller compara esa actitud de esperar la autorización de lo europeo para orientarse culturalmente con la actividad de un simio:

Recién cuando nos viene a trompetadas la sanción europea, cuando su personalidad se aureola en los escenarios retumbantes, entre polvo olímpico, nos decidimos, por espíritu de imitación –verdaderos antropoides– á concederles el aplauso y la boca de par en par abierta ante el más nimio de sus gestos.

<sup>6</sup> En Altolaguirre (1989). Pablo Neruda testimonió en dos oportunidades lo mismo a un investigador uruguayo. Véase el testimonio en Ibáñez (1952). Antonio Peñalver y Óscar Moreno dan una versión coincidente de este episodio, citando a Neruda; ver Peñalver (2006).

<sup>7</sup> Sobre la influencia de Spencer en Herrera y Obes ver Arreguine (1897); también Manacorda (1939).

<sup>8</sup> Existe edición completa de ese texto en Herrera y Reissig (2006).

Ese rechazo a la repetición plana de los modelos europeos no significa, obviamente, que éstos no fuesen constantemente transformados, empleados, citados, asimilados en la escritura y en la crítica de Herrera y Reissig, quien a la vez que acompaña el proceso de modernización de su ciudad, elabora una perspectiva sobre ésta, una de cuyas claves es precisamente la crítica a toda repetición sin personalidad propia, el deseo de realizaciones que puedan medirse genuinamente de acuerdo a estándares ‘modernos’ y transatlánticos.

En ese sentido, su discurso en estas crónicas es continuación de aquellos trabajos anteriores y más ambiciosos del poeta, siempre conservando la referencia a los tratados de Spencer. La urbana población de Montevideo, como la de otras ciudades sudamericanas, es una población que guarda una relación desconocida, en cualquier caso a elaborar, con aquellos textos spencerianos, pese a la pretensión de científica universalidad que éstos exhiben.

En los primeros momentos del siglo, exageraba Herrera la crítica a la insuficiencia y falta de radicalidad de los intentos modernizadores de sus “uruguayos” (en su prosa el gentilicio suena como la denominación de una tribu ‘primitiva’). Mientras escribía su *Tratado de la imbecilidad*, sin embargo, tenía Herrera aún la ilusión de que la vecina y más grande Buenos Aires fuera la ciudad sudamericana modelo que sí había sintetizado con tono propio, en el continente, esos estándares modernizadores que él mismo pedía para su Montevideo. Pero un acontecimiento clave ocurre entre aquellas diatribas de 1901 y sus columnas periodísticas de fines de 1905: entre septiembre de 1904 y marzo de 1905 Herrera y Reissig se traslada a vivir a Buenos Aires. Esos seis meses de estadía en la capital argentina, donde trabaja en una oficina del Censo, conoce personalmente a poetas e intelectuales argentinos y contribuye en los periódicos del otro lado del Plata, le alcanzan a Herrera y Reissig para elaborar una segunda desilusión. La población de Buenos Aires, que en el *Tratado de la imbecilidad* aparecía como un grupo social más complejo e interesante que la de Montevideo<sup>9</sup>, pasa a ser vista como el emporio del fingimiento:

Aquí todo es falso, frívolo, vacío, chato, obscuro, prosaico. Yo abomino Buenos Aires. No se habla sino de dinero, interés, comercio, industria, etc. No hay amor, no se ve arte, no se ve nada elevado, ni campos, ni alrededores existen dignos de ser contemplados. Esto es un mercado inmundo de pequeñas pasiones, con un millón de imbéciles que muñequen y hacen la farsa de la Vida. Ruido, casas grandes, lujo guarango, disfraz de podredumbre, un mundo sin alma y con muchos miembros que se agitan. Es un carnaval repugnante y estúpido. Yo no he querido ir á ninguna parte; lo poco que he visto me ha dado náuseas!... Hay un mal gusto que espeluzna, con mucho brillo y mucho oro, se comprende!... Yo estoy vendido por unos miserables valores, y ocupo el cargo, por el momento, de Gefe [*sic*] del archivo del Censo. No se hace nada, se bosteza, se miente, se maldice...<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Por ejemplo: “Nuestros vecinos de allende el Plata, cuya conciencia sin duda se ha de componer de representaciones más numerosas y complejas, y cuya elaboración psíquica se ha de producir en sentido del tiempo, ateniéndose a los resultados más remotos, han renunciado hace ya tiempo a sus banderas unitarias y federales, y emprendido nuevos rumbos evolucionistas que han de dar a su país un emporio de adelanto” (Herrera y Reissig 2006: 255).

<sup>10</sup> Carta inédita a su novia Julieta de la Fuente enviada desde Buenos Aires. Sin fecha, corresponde a fines de septiembre o comienzos de octubre de 1904.

Se queja, en otra carta, de “estos imbéciles de por aquí, [...] estos pretenciosos indígenas con un barniz parisien”, y dice que ha salido de Montevideo para entrar en algo aún peor: “He salido de la llama para caer en los brazos de esta inquisición de imbecilidad disfrazada á la europea con muchos cascabeles y mucho ruido”.

Uruguay había terminado su última guerra civil cuando él había partido para Buenos Aires, en septiembre de 1904. Cuando vuelve, el 1 de marzo de 1905, bajo el impulso de aquel positivismo ahora maduro y asentado en la cultura política y de gobierno (aunque desafiado desde la intelectualidad letrada), la ciudad está construyendo nuevas avenidas, edificios públicos y privados, modernizando su transporte, generalizando el automóvil, ampliando su red de vías férreas.<sup>11</sup> Comienza además el Uruguay en esos años una transformación institucional y jurídica pionera en el continente. Aprobará en 1915 la jornada de ocho horas de trabajo, reglamentará el derecho de huelga, garantizará la seguridad social para hombres y mujeres, aprobará una ley de divorcio avanzada en 1907, e incluso el divorcio por sola voluntad de la mujer ya en 1913. El voto femenino llegará en 1932. Montevideo, que debido a esos cambios avanza a constituir la primer *welfare society* de América, tiene 285.000 habitantes en 1905, y se ubica en ese momento aproximadamente en el mismo nivel de población que ciudades como Lisboa (301.000), Estocolmo (288.000), Génova (228.000) o Barcelona (272.000). Para 1902, Uruguay ya tiene 9 km de vía férrea por km<sup>2</sup> de territorio –en ese índice es superado únicamente en las Américas por Estados Unidos y Cuba–. Teniendo en cuenta estos y otros datos comparativos, se puede afirmar que Montevideo se va convirtiendo, por su desarrollo material, en una de las ciudades más ‘civilizadas’ del continente. Hay, no obstante, un factor político que está condicionando el sitio desde el que Herrera y Reissig percibe, marcado por una cierta ajenidad a esa comunidad que se transforma. El poeta no tiene posibilidad alguna de sentirse actor institucional de esos cambios, y tiene que contentarse con ser testigo, ajeno al fin a la dirección del país y la ciudad. No es bienvenido en tiendas gubernamentales, debido a que forma parte de una familia opositora (aunque dentro del mismo partido Colorado gobernante) a la facción en el poder.

## 6

Por herencia y por postura propia, aún con su raíz colorada, Herrera y Reissig estará muy alejado del presidente de entonces, Batlle y Ordóñez. Luego de un intento fallido de entrar a la política tradicional de su país, ya en 1900-1901 el poeta madura rápidamente su postura como la de un crítico suprapartidario, una suerte de crítico cultural de las insuficiencias de la política. A partir de ese aislamiento, la eficacia de Herrera y Reissig

<sup>11</sup> Un suelto en la sección “Municipales” de *El Uruguay*, probablemente escrito por el mismo Herrera y Reissig, dice: “Edificación urbana. El progreso en la edificación de Montevideo, ha llegado a un punto notable. Según datos que proporciona la oficina respectiva, a fin de Agosto los permisos expedidos habían llegado a mil. Cálculos bien cimentados permiten suponer que a fines de año, esa cifra habrá llegado a la respetable de 1300, lo que indica un progreso pasmoso en ese ramo de las actividades de trabajo de nuestra capital y del estado altamente satisfactorio de nuestra economía. Ya que en todo género de comparaciones de progresos con nuestra hermana del otro lado del Plata nos pagamos, –valga este dato: la cifra más alta a que ha llegado la edificación en Buenos Aires, no supera a la que acabamos de apuntar” (En *El Uruguay*, I, 1, p. 1., col. 5, jueves 7 de septiembre de 1905).

en proponer una lectura original de los cambios urbanos modernizadores tiene conexión con al menos dos factores, y ambos vienen de la raíz política de Herrera y Reissig. Por un lado, su visión centrada en lo estético y en la importancia de la representación, lo simbólico, lo ‘superficial’, nunca se acercó ni adhirió a la austeridad republicana, que fue la marca cultural de las sucesivas generaciones batllistas del Uruguay, que habían comenzado su largo ciclo en el poder sólo dos años antes, en 1903. Frente a los gérmenes de una tendencia colectiva a la exaltación de la medianía y el igualitarismo<sup>12</sup>, Herrera y Reissig se interesa por todo lo que sobresale, disuena, es extraño, nuevo, todo lo que le parece mejor, o excelente, y elige no poner en valor simbólico positivo el otro extremo del espectro. En segundo lugar, su circunstancia política familiar y personal es causa de un aislamiento efectivo de Herrera respecto de la autoría política de esos cambios modernizadores: nunca estará involucrado en un solo acto de gobierno práctico. El primer factor le ayuda a mantenerse al margen de un exceso provinciano de seriedad y solemnidad, aunque comprenda perfectamente las implicaciones estéticas e ideológicas del proyecto democratizador y modernizador de los batllistas; el segundo, le da la independencia imprescindible para criticar las cortedades de ese proyecto sin limitaciones retóricas ni compromisos personales, dando camino libre a la diversión y la ironía que se dispara en todas direcciones.

## 7

El haberse centrado consistentemente en la ironía, haber explorado sus posibilidades sin concederse el derecho a la solemnidad es probablemente el peculiar acierto de Herrera y Reissig. Ese tono inconfundible lo distingue de otros autores contemporáneos, especialmente de los otros modernistas. Es también esa capacidad para percibir lo disonante en sí mismo y en los demás lo que le permitió ver, a contrapelo y en clave crítica, la forma local de construcción de la modernidad transatlántica. A menudo, lo local es una forma de la insuficiencia imitativa que provoca, aunque sin quererlo, cierta disonante originalidad que es propia. Así, para Herrera y Reissig, nada es meramente racional, medurado, lógico en uno de los enclaves más racionales y más laicos del continente; todo se tuerce, se exagera, muestra su aspecto extraño, oblongo, como deformado por el esfuerzo de encajar dentro de moldes hechos para otros. Los riesgos de un fundamentalismo corporativo y burocrático que no sólo propone cambios sino que inunda de racionalidad externa los mecanismos de interacción simbólica, ya estaban en germen, y Herrera y Reissig parece haberlos intuido temprano.

Dentro de esa actitud excéntrica y perspectivista, si antes ocupaban a Herrera y Reissig tan sólo las aristas negativas, las insuficiencias, las hipocresías y las imposibilidades de esa modernización, ahora le interesa también destacar las aristas brillantes de la misma, y se empeña en admirar y aún exaltar la ganancia que, en estética y elegancia,

<sup>12</sup> Sintomáticamente, el poeta Carlos Roxlo escribirá, en balance póstumo de Herrera y Reissig: “No simpatizamos con los que se aíslan [...] El orgullo de los que se desprenden de la caravana, mirando con desdén el prosaísmo de nuestros goces y de nuestras penas, nos parece un ultraje y una deserción. [...] Es por eso que, siendo el más brillante y el más original de nuestros rimadores de última data, fue el menos popular y el más discutido de todos ellos Julio Herrera y Reissig” (Roxlo 1916: 26-49).



está experimentando Montevideo. Herrera y Reissig contribuye de ese modo a la elaboración pública de un discurso de los brillos y las excelencias, que pone en valor las obras municipales, al impregnarlas de referencias a unos estándares intuitivos de excelencia estética del cambio modernizador.

Es interesante que la claridad de Herrera y Reissig para comprender la necesidad y la relevancia de elaborar esas claves simbólicas, necesariamente distantes y apartadas de lo cotidiano, parece no ser comprendida ni siquiera por el director del periódico, Benjamín Fernández Medina, quien a lo sumo recordaría aquellas contribuciones de Herrera y Reissig, años más tarde, como meros ejemplos de hipérbole:

En ese mismo tiempo, aun cuando [Herrera y Reissig] escribía en prosa las cosas más corrientes, por ejemplo, un proyecto de transformación de un parque [el Parque Urbano], que yo le había encargado para el periódico que dirigía [*El Uruguay*], la interpretación fue tan exagerada o más acaso que la más fantástica de sus poesías. Y, sin embargo, él tenía la idea, y me lo decía frecuentemente, de que iba llegando a dominar su temperamento y su expresión hasta la suprema sencillez.<sup>13</sup>

Exageración, hipérbole, lejos de ser meros desbordes de una imaginación excesivamente lujuriosa, como cree el mesurado y republicano batllista Fernández Medina, son parte de la deliberada elaboración del imaginario, tanto en estos textos como en todo lo que Herrera y Reissig escribió. Como en sus demás manifestaciones públicas, decide teatralizar, agrandar, exacerbar la percepción de estos cambios urbanísticos. Lo hace guiado, como en su poesía, por una noción aguda de la necesidad de dar espesor y contextura simbólica a las obras colectivas y a los intercambios discursivos de su tiempo. Su herramienta en esta empresa es en buena medida el hallazgo del lenguaje adecuado, que se enrosca y se hace barroco, con adjetivos que reverberan en el oído como ornamentos del *art nouveau*. Esta operación textual e ideológica de hipérbole puede ser interpretada ya sea como una falta provinciana de medida que exagera lo que no es más que una realidad menor y secundaria –he ahí la reacción austera de Fernández Medina–, o como un esfuerzo precisamente en sentido opuesto, antiprovinciano, por dotar a obras relevantes de un significado que las ubique en el espacio más amplio de la modernidad transatlántica.

Leyendo hoy las columnas de Herrera y Reissig, a la vista del desarrollo de la ciudad de Montevideo, las expectativas del poeta se revelan como un ejercicio de doble anticipación: acertó respecto de intervenciones urbanísticas que resultarían ampliamente positivas para la ciudad, y en cierto modo también acertó al notar tempranamente cierta disonancia entre códigos cosmopolitas de representación simbólica de los cambios modernizadores, y la recepción de estos cambios por parte del imaginario de las clases medias y bajas. Viendo el proceso en una perspectiva histórica más amplia, éstos últimos parecen haber hecho propia y haber digerido la funcionalidad de tales cambios sin haber aceptado al mismo tiempo las perspectivas estéticas e ideológicas que, desde el poder, se asignara a esa modernización. Esta disonancia es clave en la explotación que Herrera y Reissig hace, en sus columnas, de escenas contrastantes, donde un público que ‘no entiende’ se apropia no obstante, a través del uso y la modificación del espacio, de lo nuevo, resignándolo. La vena irónica de Herrera percibe esta disonancia, y la explota. Se

<sup>13</sup> Carta de Benjamín Fernández Medina a R. Blanco Fombona, Madrid, 21 de noviembre de 1928.

ceba en el contraste entre esa elegancia que el nuevo intendente Federico Vidiella busca plasmar en obras, y las características provincianas de la población que las disfruta, y ese contraste se convierte en uno de los tópicos de sus crónicas. En ellas aparece siempre, central, algún personaje que no entiende los patrones de elegancia parisina que desde el gobierno se busca implementar. Siempre hay una población –individualizada en un interlocutor provinciano, o generalizada en las masas que concurren al nuevo Parque Urbano– que aparece como fuera de lugar en esos paisajes urbanos creados a la medida de modelos transatlánticos. Es la ácida exposición de lo que él creía eran limitaciones casi congénitas de la población. La mirada ajena, como de turista, domina sus columnas, y en esto su perspectiva sobre el Parque Urbano funciona con una motivación externa similar a la de las crónicas sobre Coney Island que Martí publicara en Nueva York dos décadas antes. Pero desde luego, el tono está ya muy distante de aquella fascinación crítica de Martí por el espacio neoyorquino donde la modernidad tecnológica intentaba encontrar su rostro festivo y lúdico, pero todavía conservaba algo del estilo de entretenimiento popular medieval y circense, con sus exhibiciones de monstruosidades y sus códigos morales relajados. En cambio, Herrera y Reissig adopta una mirada completamente irónica, e inscribe su visión en un discurso más amplio sobre las insuficiencias estéticas y de estilo en la modernización local. Ve en el Parque Urbano, en lo errático de la denominación de las calles, o en lo demorado de la reforma de la plaza Independencia, la principal plaza de la ciudad, una transparente expresión de la nueva sociología del Río de la Plata, hecha de inmigrantes (en su mayoría por entonces italianos) que intentan encontrar esparcimiento al fin de sus largas jornadas de trabajo<sup>14</sup>, y ve el espacio que se crea para ello como un repertorio de nimiedades carentes de sentido estético, o de humildes diversiones ante las que a lo sumo cabe una mirada condescendiente. Por esas mismas fechas el fenómeno del nuevo parque le obsesiona. Escribe una carta a su amigo Juan José Ylla Moreno, quien está en otra ciudad, Colonia, le comenta que estuvo en el Parque Urbano, y emplea las imágenes que allí vio como ejemplos del provincianismo que le molesta tanto en los montevidEOS.<sup>15</sup>

Finalmente, agreguemos que en el plano personal Herrera y Reissig no se encuentra nada bien a su vuelta de Buenos Aires. Su situación financiera parece muy mala, ya que

<sup>14</sup> Este aspecto social, tendiente a ofrecer un espacio para el esparcimiento de los trabajadores, que cumpliría el Parque Urbano, es destacado por un suelto publicado el 7 de septiembre, en el que la inclusión del adjetivo “liliputienses” revela sin duda alguna la mano de Herrera y Reissig: “En el Parque Urbano. Con la proximidad de la estación veraniega, que este año promete revestir excepcionales atractivos, varias empresas se proponen instalar en el Parque Urbano diversiones que harán aún más atrayente aquél paseo, tendiendo al mismo tiempo a darle carácter propio a la ciudad ante los visitantes extranjeros, que atraídos por la bondad de nuestros baños vendrán en gran cantidad en la temporada playera. Por el momento, además del ferrocarril liliputiense y las góndolas que han funcionado durante todo el año, la municipalidad tiene conocimiento que se instalarán dos *carroussels* a vapor, cinematógrafos, etc. Además se ha presentado solicitando concesión una propuesta para establecer montañas rusas con caída al lago y en breve otro ponente solicitará privilegio para implantar un laberinto, diversiones estas que constituirán una novedad para nuestra población. Por su parte la Dirección de Parques y Jardines que es la que dictaminará en estos asuntos, se encuentra animada por los mejores deseos y dará facilidades a los empresarios, comprendiendo las ventajas que reportan a la vida urbana todas estas diversiones, que por su índole se encuentran al alcance de los más modestos” (En *El Uruguay*, I, 1, p. 1, col. 4, jueves 7 de septiembre de 1905).

<sup>15</sup> Véase Penco (1980: 41-43).

cuenta sólo con ingresos de *El Diario Español* a cambio de los poemas que va publicando regularmente allí. Se rumorea que se ha vuelto loco, y se publican notas al respecto en algunos medios de Buenos Aires. El 4 de septiembre su amigo Francisco Aratta envía desde Montevideo una carta que el *Diario Español* publica el 6 de octubre, en la que se desmiente ese rumor. De todos modos, Herrera no tiene prácticamente ninguna fuente de ingresos, por lo que sigue viviendo en la casa paterna de la calle Ituzaingó, en cuyo altísimo funcionaba, ahora escasamente, su cenáculo literario, la “Torre de los Panoramas”, que había pasado sus tiempos de apogeo. En el mismo mes de septiembre de 1905 en que Herrera empieza a colaborar en *El Uruguay*, escribe a su amigo Ramón V. Costa, empleado en el *Diario Español* de Buenos Aires<sup>16</sup>, desmintiendo rumores de que está encerrado en un manicomio, o muerto. Dice: “Veo que me acosa la envidia y mala fe [...] A mí –en verdad– poco o nada me importa, que me crean o no loco. Pronto desmentiré con obras y no con palabras –pues los locos suelen hablar bien y se diría, que ningún loco se cree tal, y que en realidad lo sigo siendo– aunque me empeñe en lo contrario”.

En ese contexto personalmente difícil, sombrío y de perspectivas previsiblemente cerradas –que fue por cierto una constante en la vida del poeta–, habrá todavía energía y espacio para la contrastante, carnavalesca celebración de la ciudad nueva, casi toda proyecto y futuro abierto.

## Crónicas

Se transcriben aquí las crónicas firmadas por Herrera y Reissig con el seudónimo “Lohengrin”, y un fragmento de una columna inédita que pertenece a la misma serie. A continuación de éstas, incluyo una nota más, ejemplo de al menos tres aparecidas sin firma, que atribuyo a Herrera y Reissig por razones de tema, estilo y referencias contextuales. Sólo he incluido notas aclaratorias cuando aportan alguna información relevante para la comprensión del texto. No he incluido notas para la mayor parte de las referencias a sitios concretos de Montevideo, que se explican por sí mismas, pues sólo agregarían –para quienes no los conozcan– una referencia genérica (‘calle’, ‘plaza’, etc.) a una realidad todavía desconocida, y serían ociosas para los lectores ya familiarizados con esos sitios.

La ortografía y sintaxis de Herrera y Reissig es tan idiosincrática como su pensamiento. En particular, Herrera y Reissig parece “sentir” diferente, en diferentes ocasiones, el empleo de los signos de interrogación o admiración, por lo que el uso de los mismos no luce consistente a lo largo de las crónicas. He transcripto el uso de esos signos tal cual apareció en los originales. He corregido algunas erratas de acentuación que aparecen en los originales.

\* \* \*

---

<sup>16</sup> La carta fue dada a conocer por Vicente Salaverry en la revista *Fray Mocho*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1913 (fragmento 3) y en *La Nación*, Suplemento dominical, Buenos Aires, 14 de diciembre de 1924 (fragmentos 1 y 2).

*Del Bulevar*<sup>17</sup>

Cuándo tendremos edificios, elegantes, sobrios sensatos! Se derrocha dinero en lujosas mamarracherías; el buen gusto no hace al caso en tales vanidades, y los arquitectos no son en realidad sinó los propietarios, que hacen á su perfecta imagen y semejanza el castillo de sus sueños de toda la vida, esto es una casona...

A propósito, días pasados chupábamos con un amigo buen sol, como dos lagartos, andando voluptuosamente por la Avenida 25 de Mayo cuando de pronto algo espeso nos detuvo.

—Hermosísimo palacete á no dudarlo —díjome extasiado mi buen camarada á quien le atontan por lo común las cosas grandes y las que brillan. —Fíjese usted en aquello. —¡Qué maravilla!— Y señalaba una retórica complicada de dibujo, una chillona bordadura en que rabiosamente se confundían pliegues, calados, rosetas, filigranas, moldes, arabescos, blondas, toda una magia inextricable de imaginaria renacimiento-florentino-árabe-rumano y qué sé yo...

—No entiendo absolutamente de arquitectura —le respondí— pero, encuentro que aquellos firuletes de queso napolitano están de más, y aquel calado, y aquel follaje, y aquellos geroglíficos, y aquella pasamanería de pared o cosa así, y aquellos chorros de tierra romana me dan dolor de cabeza...

Y más que todo esos balcones, dorados y encandilantes, que aturden cursivamente como salvajes emplumados y llenos de cuentas, gritándonos la fortuna de su propietario, todo su oro profano echado á vuelo, como campanas clamando á todos los vientos de la ciudad: Nosotros somos los balcones de Vimayor, un inmortal que no conocéis; detenéos á contemplarnos!

Mi compañero, no dándose por convencido, me recalcó: —¿qué le recuerda este palacio de todo lo que usted ha visto últimamente en Buenos Aires? —hable en serio, se lo pido, basta de chacota!

—Qué me recuerda...? hombre, déjeme usted pensar... me recuerda perfectamente un postre inmenso y muy curioso que una noche acerté á ver en el escaparate de la confitería del Águila... Tenía idéntico aspecto, vestía un laberinto de dibujos de azúcar policroma y de cordones áureos; por todas partes ribetes, encajes, rosas, oropeles de confituras agarrapiñadas, flores de bizcocho, ajimeces caladuras, filigranas de pasta flora y de almendra achocolatada. Unos rodetes de caramelo, torres, almenas ó bohardillas, yo no sé qué coronaban la golosina suntuosa, y por último, detornando el palacete, unos balcones tan opulentos, tan elegantes, hechos de confites de plata y otros que, casi me atrevo á asegurarle, me gustaron más que los de Vimayor...

Mi amigo sonreía, un poco picado.

Y yo terminé —Desconfiemos, sanchescamente, que entre nuestros edificios modernos hay muchos que no son, sino verdaderos plagios, imitaciones de repostería. Al menos así lo dice Monsieur Pascal á quien hay que darle crédito en estas cosas. —LOHENGRIN

*Del Bulevar*<sup>18</sup>

Fué no verlo (porque avistarlo hubiérame sido disparar á galope para la acera contraria), y ¡zás! me fui de bruces contra un latero misonista<sup>19</sup>, de esos misonistas que, según Lombroso, se enferman de horror sagrado ante toda innovación y por cualquier progreso que contrarie sus hábitos, haciendo sufrir su plástica nerviosa: v. y g. los zulús que la emprenden á patada limpia ó á coces contra un reloj... (digo coces ó patadas, así brutalmente y no puntapiés, porque dichas extre-

<sup>17</sup> En *El Uruguay*, I, 58, p. 1, cols. 5 y 6 (lunes 13 de noviembre de 1905).

<sup>18</sup> En *El Uruguay*, I, 60, p. 2, col. 6, y p. 3, col. 1 (miércoles 15 de noviembre de 1905).

<sup>19</sup> El término, hoy olvidado, pero muy usado y elaborado por Herrera y Reissig en su *Tratado de la imbecilidad del país*, refiere a quien se resiste a los cambios, la modernidad o la novedad.

midades no tienen punta, antes bien, son cuadrilongas ó apelonadas... cuando mucho se asemejan á un pié cúbico) protestando furiosamente que nadie tiene derecho á medirles el tiempo que Dios les ha dado para comerse las pulgas... ó las personas... según la caza...!

Íbamos por la plaza de Cagancha y el Demóstenes criollo me disparaba á bocanadas sus mostos agriolocuentes.

—Vea usted, si no es preciso estar loco de remate ó ser un verdadero Atila para emprenderla contra todo lo más hermoso, lo más antiguo, lo más venerable, lo más propiamente nuestro. Montevideo á este paso perderá todo lo característico que encierra. Ayer era la Plaza Independencia, hoy es la de Cagancha, mañana será la de Treinta y Tres. Vea usted, la Plaza Independencia; nada menos que ese chiche, que es la admiración de los extranjeros, alegre como una Zamacueca en que baila el sol poéticamente reflejándose en el pedregullo (yo pensaba: y en que los perros se hacen el amor á todas horas y trenzan caprichosas danzas), en que los objetos asumen un relieve maravilloso (Cá! y qué objetos se ven en esa plaza? tonto), esa nona de oxígeno y de transparencia (já! já! urna fúnebre, diga usted), que en los grandes días de la Patria hierva de exaltación, llena de vida, como un mar (y en el verano como una caldera, que es cuando los días son más grandes), la primera plaza de América, no hay duda desaparecerá dentro de poco; mil árboles y palitroques harán la noche en su recinto. ¡Adios tertulias al aire libre! Adiós academias en los bancos, adiós dragoneos crepusculares, sociedad cómoda, promenades baratas, noches de luna, retretas criollas, manifestaciones, alegría, todo...! ¡Cuántos recuerdos naufragados, cuánta belleza sacrílegamente desaparecida!

Mi charruita casi lagrimeaba en la emoción de su responso patético.

—¿Qué opina usted, me decía, qué opina usted, persona ilustrada...!

Yo callaba socarronamente, como un Bertoldo filósofo, considerando que la Ciudadela ó el Mercado Viejo<sup>20</sup> no podían, estéticamente, haber sido más pobres ni más escuetos que ese vacío monumental que bien pudiera ser tildado en ironía de símbolo de estupidez craneana de toda una metrópoli... muy antiguo, si se quiere, y hasta venerable para los atorrantes noctívagos que la conocen banco á banco y pulga á pulga y para los cocheros adormilados y sucios que duermen la siesta en el verano metidos en sus carrozas y que se rascan en todas las estaciones atisbando de sol á sol á los viandantes á quienes acosan desde una cuadra: “mozo, venga, carruaje barato; yo le sirvo, mire qué yunta”, etc., etc.

—Y no es esto sólo, continuaba el misonista (íbamos por la plaza Independencia), la obra de destrucción comenzará por esa estatua magnífica de líneas clásicas obra inmortal del gran Blanes, nuestro mejor monumento público!<sup>21</sup> ¡Pues bien! esa estatua va á ser desenclavada de un momento á otro... Se la quiere desterrar allá, por el Arroyo Seco, para que luzca á las ranas y á las gallinas... ¡Qué infamia, ni siquiera por veneración al héroe que simboliza y á su glorioso autor el Miguel Ángel Americano...

Yo pensaba: para semejante candil...!

Di en mirar el mamotreto obtuso, todo chato, inexpresivo, plasmático, cuadrado como una cabeza de turco, bostezando su duro gris de cantera. Me pareció quererse defender del irónico fallo del Arte y del sentido común, con sus cuatro cañoncitos, que ni los perros respetan, los cuales apuntan tarasconamente á los astros con el desparpajo y la fanfarronería de lo que nada vale, ni representa...

<sup>20</sup> Ambas edificaciones, la Ciudadela o fortificación española que cerraba antiguamente por el este el casco amurallado de la ciudad, y el Mercado Viejo, se encontraron sucesivamente en el espacio que luego, hasta el presente, ocupa la Plaza Independencia que Herrera y Reissig critica en esta columna.

<sup>21</sup> Se refiere a un monumento a Joaquín Suárez, que por entonces —cuando se llevó a cabo la reforma de la plaza Independencia que Herrera y Reissig defiende en esta columna— fue removido y ubicado en la intersección de las avenidas Agraciada y Suárez.

Y el Juan Lanas burgués, con garrote, ó el enfático rematador de feria que pretende ser el modestísimo Joaquín Suárez, me hizo estallar de pronto en una carcajada tan grande como la misma plaza ó el talento de Don Juan Blanes...<sup>22</sup>

Mi amigo me interrogó con una mirada turbia.

—Voy á ser sincero esta vez, le dije, pienso que si le fuera posible protestar hasta las mismas gallinas y las ranas del Arroyo Seco, á que usted alude, protestarían furiosos, como en la fábula, de semejante presente griego que se les hace por carambola.

Crea usted, agregué, que don Federico Vidiella, librando á Montevideo de semejante fealdad patriótica, se me representa Ulises, símbolo del genio helénico y enemigo de las formas innobles, el cual en un pasaje de la *Iliada* arroja indignado del Agora al vizco y jorobado Tersito, de un golpe de su cetro de oro!

Y así como el ejército y los bravos varones de Grecia aplaudieron con entusiasmo casi religioso el castigo del contrahecho parlanchín que repugnaba con su presencia al bello Apolo, todos debiéramos aplaudir al Municipio, incitándolo á que continúe su obra de reparación estética, que aún falta mucho para desagruar á los Dioses! —LOHENGRIN

### *Del Bulevar*<sup>23</sup>

Así como tenemos Avenidas que no son sino modestamente calles, tenemos calles que son en realidad espléndidas avenidas. Todo es cuestión de nomenclatura. Las Avenidas de la Paz y Rondeau, nacieron al acaso de un capricho de la fortuna ó de una oportunidad patriótica. Antes eran calles y ahora aunque siguen siéndolo (pues, en anchura no rebasan el término común de las demás arterias, ni siquiera en edificación), afirman con una simple chapa embustera su categoría de excelsos pasajes públicos. Cúmplese en esto una ley humana de favoritismo y de sin razón: el soplo de la fortuna pasa hasta sobre las cosas inanimadas, todo está sujeto á ese sube y baja caprichoso del destino, á los fallos de esa entidad ciega y fatal que exalta el desmérito y se mofa de la virtud, con deplorable inconciencia y cínico desparpajo.

Así la Avenida 18 de Julio, que es Avenida, de veras —por su centralidad, por su magestuosa ubicación topográfica, que da lugar á dos vertientes con destino al Plata, por su soberbia amplitud, por su tránsito á toda hora, y el vasallaje urbano del mayor número de vías transversales que afluyen á su amplio seno, por su edificación moderna, las plazas con que linda y desemboca, y en fin cien otras ventajas estéticas— permanece oficialmente siendo una humilde calle, como cuando lucía á sus costados cercos de pita, ranchos, ombúes, humilladeros y una que otra pintoresca tranquera. ¡Qué suerte infeliz la de este histórico y simpático bulevar, alegre, francachón, luminoso, risueño, blanco, expresivo, lleno de carácter de nuestras cosas, en que se concentran y se plasman enérgicamente el vaivén, la peculiaridad, el hábito, la dinámica general, la corriente etnológica, la vida del pueblo, algo del gesto de cada uno y de la idiosincrasia de todos, y hasta la misma sabrosa rutina cotidiana de la breve ciudad.

¿Por qué, en desagruo de tanto olvido, nuestra progresista Municipalidad no aureola, por fin, á dicha gran arteria, émula de las de Mayo, Alvear y Callao (de que tanto se pavonean los sudplatinos) con el nombre de “Avenida 18 de Julio”, sustituyendo las viejas tabletas incoloras con elegantes chapas de acero burilado?...

Ya es tiempo, de que se efectúe esa innovación, pues, llamarlas Avenidas á las simplonas calles Queguay é Ibicuy, y calle simplemente al pasaje 18 de Julio, nos parece la más inconsciente de las ironías ó el embuste más ridículo en que puede caer un Municipio.

<sup>22</sup> Juan Luis Blanes (1855-1895), pintor y escultor uruguayo hijo de Juan Manuel Blanes, y autor del mencionado monumento a Joaquín Suárez.

<sup>23</sup> En *El Uruguay*, I, 62, p. 2, col. 1 (viernes 17 de noviembre de 1905).

Y para concluir: Se nos atasca ilusamente el caletre de proyectos fastuosos é irrealizables, después de todo: caminos acá, bulevares marítimos allá, paseos babilónicos acullá, cuando habemos en las manos algo más justo, más lógico, más esencial, más estético, y sobre todo más barato. Me refiero á la prolongación en línea recta de la Avenida 18, desde su curva en 3 Cruces hasta el Camino de Propios, límite de la Ciudad con el Departamento, para lo cual han ofrecido veinte veces su concurso los vecinos de los parajes, favorecidos con dicha apertura.

De ese modo, tendríamos, talvez, la primera Avenida de América, sin exageraciones meridionales, una Avenida triple de la de Callao y doble de la opulenta y ultra modernista que acaban de estrenar los fluminenses. Y esto con poca plata, sin trabajos complejos de ingeniería, ni obras romanas de túneles, ramplas y voladuras –sólo con terraplenes, buen adoquinado y más que todo buena voluntad. –LOHENGRIN.

### *Del Bulevar*<sup>24</sup>

Imposible resistir á las violentas sugerencias del campo en flor, lujosamente dorado, en uno de esos días de transparencia ideal, que parecen haber sido creados para el ejercicio de las más puras emociones y de las más deliciosas quimeras.

El Parque Urbano, á corta distancia de Montevideo, y con su reputación de belleza artística y de naturales atractivos, tentó mi curiosidad y en veinte minutos me encontré en plena esmeralda viviente, donde retozaba un fandango de humanidades de todas las layas: mujeres de atavíos chillones con sombreros como viviendas de campo, en los que no faltaban animales ni plantas de los más curiosos, hombres endomingados con levitas cortas ó largas, anchas ó ridículamente estrechas, pero si muy lustrosas y cadenas de reloj; por lo menos, como la de Prometeo, dando gravemente el brazo á espesas consortes; grupos como de ninfas primaverales, de pollas parleras, escoltadas por pebetillos en celo, con un escarbadiente de caña en la mano bailante y un “habano” de dos céntimos entre los dientes aceitunados, y en fin, chorros caprinos de chicuelos enloquecidos por Menini, con su ferro-vía ó por las góndolas pedantes de los laguitos para muñecas del célebre Parque.

Bostezando por los senderos bordeados de una florescencia sietemesina de verduritas, dispuestas en círculos perfectamente “rastas” que me recordaban una mayonesa bien aderezada con sus rábanos, remolachas y lechuguitas en armónica circunferencia culinaria, llegueme hasta los *caballitos*. Aconsejo a mis lectores que vayan al Parque Urbano sólo por admirar ese originalísimo entretenimiento. Se trata, poco más o menos, de una mitología cabriolesca y andante; de una comparsa aérea, de mamarrachos arqueológicos que al son de una hidrofobia disonante de notas hechas pedazos, que no se sabe si ríen ó lloran, bostezan ó se suicidan, gira, voltejea, se para de manos, se da de cabeza en el aire, en un “delirium tremens” de locomoción, que da vértigo y asorda, y descompone la cabeza y acalambra los intestinos...

Un sonsonete fúnebre-macábrico, de aquellarre de brujas, molía en su organillo verdugo, la especie de demonio que me pareció el hombre músico mascando impasible una colilla babosa, con una risa de oreja á oreja... y el sombrero aplastado sobre el occipucio. Y gente de todas las edades y sexos gozaba en éxtasis con el singularísimo espectáculo, unos mirando idiotizados los viandantes del carrousel dar vueltas en sus ginete-estrambóticos, los otros mordiéndose las uñas por trepar en un caballo marino ó en un carromato cojo. Desde luego la estética del carrousel hace juego con sus atributos. Figuraos una falda de rústica napolitana ó el manto del altar de la Virgen de la Ayuda todo de terciopelo, verde cotorra ó verde *sucio*, con bordaduras de cuentas y filetes de oro vivo, cayendo en blondas circulares, y tendreis la toilette que hace estornudar de ese *non plus*

<sup>24</sup> En *El Uruguay*, I, 65, p. 1, col. 6 (martes 21 de noviembre de 1905).

*ultra* carrousel itálico-criollo, sobre el que llamamos la atención de nuestra *higiénica* Municipalidad, antes de que la aristocracia porteña que nos visita en verano, sufra las consecuencias morbosas de que yo fui víctima el domingo con el maldito mónstruo *ornamental*, tres veces infame, –atentatorio contra los mismos cinco sentidos!... –LOHENGRIN

*Del Bulevar*<sup>25</sup>

Repuesto de la *carrouselada* del Domingo, y habiéndoselas jurado á todo lo que tuviera que ver con el ameno *fenómeno*, resolví ayer la segunda gira de la temporada por el popular edén y he aquí una sola de mis impresiones más violentas, (las demás irán siguiendo en números posteriores) de la que juzgará el lector con benévolo y acaso artístico criterio.

Desde luego, descompagina el acceso al Parque, por algunas de sus direcciones más concurridas. De donde paran los trenvías Oriental y Paso del Molino es una odisea exabrupta trasladarse al mimoso paseo. Habría que calzar herraduras, pues, resulta del todo ineficaz el calzado más sólido, que no resiste por aquel dédalo de piedras agresivas, erizadas en punta ó se tortura en los desniveles endiablados del terreno salvaje, entre los mil alvéolos y escabrosidades que en esas *vías crucis* de algunos simples metros, acechan al pobre viandante, el que sudoroso y sin alientos, llega por fin al matizado jardín, siendo su primera providencia darse alivio en un banco, ó ponerse melancólico á considerar, suspirando sobre sus botines heridos de muerte, lo que le cuesta el barato paseo al parque de los pobres!...

En el trayecto, entre la parada del tren de la Unión al Parque, no hay piedras como puñales, ni bocas de tiburones á flor de tierra, pero como no existe ni adoquinado ni macadam, resulta la travesía un almuerzo canario de polvo como gofio, por bocas y narices, cuando hay sol, que cuando llueve ó ha llovido se toma en cambio chocolate antihigiénico, del más barato...

Está demás decir que se hace necesario que el municipio antes que nada civilice esos accesos, que resultan *rurales* en un Parque con pretensiones de Urbano...

A propósito de Urbano... Quién me negará que en materia de nomenclatura estética tienen nuestros hombres muy poco ingenio ó la inventiva de don Pero... Grullo... Palermo, Lezama, Belgrano, Monzón; 2 de Febrero, de las Palmeras, Campo de Marte, los Elíseos etc., si no son cosas del otro mundo en cuanto á poesía ó á sonoridad verbal, convienen regularmente á su objeto, rememorando un nombre ilustre ó una efeméride etc. Pero... el Prado, á secas, los Pocitos (¡qué asociación de ideas tan compleja!...) Punta Carretas, Arroyo Seco, (al menos aquí hay una antítesis!) Tres Esquinas, se pasan de prosaica tontería ó de protozoaria simplicidad, de la época del hacha y del pedernal, y hasta los niños de las escuelas de 1<sup>er</sup>. grado tendrían más caletre que muchos ediles con título universitario, para bautizar con cierta gracia evocadora los salones de clase ó los sitios de recreo.

Sino Parque de Apolo, de las Brisas, de Trianon, de Diana ó de los Ciervos, por lo menos, no tan calvo señores que... no se le vea ningún seso al país... para que no se tropiece con otro nombre más ingenioso que Urbano, tratándose de una naturaleza genial, en un paraje lleno de sugestividad eglógica y ebrio de vida exhuberante, en que un mar griego despliega la magestuosa gracia de su pepló auricular, y una playa armoniosa le sirve de blanda almohada en su sueño elocuente!

Urbano!... Urbano!... Santo Dios, Virgen Madre, Ave María Purísima... No puedo seguir escribiendo, porque este nombre maldito me ha hecho pensar en los modales cursis de ciertas maestras, en cosas de la ingenua infancia, que me callo... y hasta en Hurbano Chucarro... –LOHENGRIN.

<sup>25</sup> En *El Uruguay*, I, 67, p. 2, cols. 4 y 5 (sábado 25 de noviembre de 1905).



*Del Bulevar*<sup>26</sup>

*El Parque del Pueblo* de reciente natalidad ha elevado por carambola á la categoría de Parque de los aristócratas, á su hermano primogénito y vecino ilustre, aunque tratándose de elevaciones, el Neo paseo, ocupe irónicamente los bordes más [¿?] del embudo de la Estanzuela, es de [...] <sup>27</sup> E, y al contrario, el copetudo Parque Urbano viva enterrado humildemente como los fakires, en la arenisca hondonada que da a río.

La ubicación del Parque de los pobres es opulenta en gracia de la naturaleza en ingenuas ornamentaciones de césped y arborescencia de todo relieve, en vivacidad y multiplicidad de panoramas que descubren su ancha frente, pensativa de cielo, y sus brillantes ojos de esmeralda viva hacia todos los rumbos. Toda la gama del matiz, todo el pentágrama de la línea, toda la orquestración avasalladora del conjunto, todo el prisma sugestivo de Geo, idealizado por Apolo, toda la policromía gloriosa, todo el hipnotismo mágico, toda la voluptuosidad olímpica de Cibeles fecundada por Urano, columpiada en las transparencias sutiles del dios azul.

Yo me he sentido irradiado profundamente hasta el polo más oscuro del ser, hasta la más recóndita frontera sico-biológica, hasta las más sombrías zonas de la conciencia personal, por ese magnetismo divino de la naturaleza, tan simple y tan sutil, tan modesta y tan profunda, tan sobria y tan genial, tan ingenua y tan poderosa, contemplando el paisaje grandilocuente, desde esa altura soberbia en que culmina el nuevo parque, y me he dicho, trasportado de religiosidad extática, que no cabe hermosura más compleja, armonía más espiritual, palabra más honda, música más metafísica, Todo-Verso más sublime, que eso que se ve, que eso que se escucha, que eso que se sueña, desde la terraza natural de la antigua quinta de Matta.

Imagináos un ancho plano efervescente de coloración aguda, una circunferencia ilusoria de lujosos verdes, toda la pauta del glauco bucólico que hinchara de sonoro encanto la cornamusa idílica de Theócrito, y soplara su fluida magia sobre la lira agreste de Virgilio: verde amarillo, verde azul, verde gris, verde mar, verde nilo, verde aceituna, verde lila, verde mate, verde oscuro, verde rojo en fin; un pintoresco mostrario de sensación panteísta hipnótica, un hojaldre sutil de especiosas *demi nuances* sibaríticas, un himno monstruo y alucinante del alegre, ingenuo, vivaz, fecundo, espontáneo, primaveral, virtuoso y triunfante color de la Esperanza y de la Vida, que hace explosión magnética de aleluya en alabanza al Gran Pintor celeste! Todo eso y más aún: la tela sonrío, se quiebra, ondula, se hincha, se socava, vibra, se desvanece, revive, se despereza, parece querer volar, en las infinitas actitudes del terreno, caprichoso como una mujer, —y se hunde al fin, desaparece tragado por cien horizontes, allá á lo lejos, bajo un millón de pliegues vagos, como envuelto en su bandera azul de inmensa derrota!

La arquitectura poliforme de la naturaleza salpica la amplitud elocuente: árboles cuyas copas semejan á lo lejos peinados exóticos, plantas simbólicas, geroglíficos de Iris, ajuar de Pomona, hoyos espectrales, vericuetos románticos, ceños de la topografía, rictus severos, alvéolos como bocas atormentadas, desigualdades sombrías como arrugas plutónicas, collados floridos como púberes senos de pastoras, flores ingenuas de los campos como alegrías de la Biblia, como versos de la Odisea. Todo un inmenso pensamiento diseminado, toda una psicología simple y á la vez abstracta. La Naturaleza sufre, calla, sugiere, y odia y ama: es más viviente y más espiritual que un hombre. Lo inanimado no existe, es una palabra estúpida y sin sentido, una apariencia, un modo de las cosas, pero jamás una realidad, me digo embelesado ante tanta vida, ante tanto pueblo de almas diversas que me hablan conjuntamente en cien lenguas extrañas!

Hacia el Sur, otra tela verde turquesa, nerviosa, atigrada de espuma, horizontal, también opulenta y cambiante, pero grave, infinitamente grave, circunda, confraterniza, se cambia una mirada

<sup>26</sup> En *El Uruguay*, I, 73, p. 2, cols. 1 y 2 (sábado 2 de diciembre de 1905).

<sup>27</sup> Ilegible en el original por error de impresión del periódico.

y un gesto con el círculo sólido que señorea mi alma y mis sentidos desde este sublime Parque del Pueblo.

Esta Inmensidad es el dios mar, el mar que impone silencio á la tierra, el mar que toma la palabra...

Me desvanezco en suspiros. Tal vez he penetrado en Dios!

Habla el mar, el cielo piensa, la tierra escucha, yo... callo! –LOHENGRIN.

\* \* \*

## Una columna inédita<sup>28</sup>

### ASUNTOS DE ACTUALIDAD

#### *Bulevarderas*

De nuevo en el Parque Urbano: delicioso crepúsculo de oro y violeta, con ducales brumazones pálidas, á modo de polvo de plata en la peluca de una marquesa decrepita. Aves marinas, como incógnitas *equis* sesgando en dirección al salpullido azul del mar y allá en el fondo remoto naufraga entre humos vagos la galera púrpura del día. Un disparo del eléctrico en el “lupo” incitante; el Centauro que ahoga su carrera en una trepidación epiléptica con toses y nos hallamos en la zona meridional, frontera arenisca entre el prado verdinegro y la playa de color franco, alegre, siempre sonora, con el saltante cabrilleo de un rebaño de olas chillonas –haciendo juego á la chiquilinada batiente y gárrula, derramándose sobre la fresca harina arcillosa, en la iniciación fiebrosa de arquitecturas ingenuas y minúsculas orografías, que hace feliz á las madres, y pone arrugas en las nodrizas severas. “La Transatlántica” ha construido a la entrada de los baños un pórtico barato, sin pretensiones de arte y con su nombre esdrújulo en letras de gloria. Es algo muy pobre, muy aldeano, como todo lo adyacente hacia el líquido Neptuno, terminando por la escueta empalizada ó maderamen anfíbio en que se sirven los refrescos al público y se dragonea de concertinas *au grand air*, como en Trouville, Niza o Mar del Plata.

Desciendo los cuatro escalones de la terraza. Miro á un lado y otro. Me atrae agradablemente la nueva rampla, con faroles decapitados, en tren de macadamizarse y bien murada en estilo severo con balaustres artísticos y socavonamientos curvos, amplia y lisa, por la cual disparan los vehículos enracimados de humanidad.

\* \* \*

<sup>28</sup> En la colección del periódico *El Uruguay* que guarda la Biblioteca Nacional de Montevideo (única colección que existe a disposición del público, de acuerdo con la información de que dispongo hasta el momento) falta el número 69, correspondiente al día martes 28 de noviembre de 1905. Sería razonable pensar que la columna que transcribo como inédita aquí pudiera haber sido publicada en esa fecha. También es posible que otra columna diferente haya sido publicada entonces. Cualquiera de ambos extremos sólo puede ser determinado en caso de existir otra colección de *El Uruguay*.

## Una columna publicada sin firma

### MUNICIPALIDAD

#### *Nuevo sistema de iluminación*<sup>29</sup>

Triviales á fuer de gastados son los motivos estéticos de iluminación de la metrópoli, en nuestras grandes solemnidades. Preténdese “echar la casa por la ventana”, encandilando al pueblo con el aparato, siempre el mismo, de pintorescas bombitas, simétricamente alineadas en rigor mecánico de curvas, formando arcos, en duras horizontales de implacable monotonía y en lastimosos dibujos. Lo más que se hace para variar tal etiqueta de molde enciclopedista, es desparramar las luces en primitivo desorden ó suspenderlas en racimos bicolores desde palitroques desgarrados que suelen dar el grito chillón del boato municipal en el ángulo de una plaza, detrás de un árbol, ó en una esquina, sin que se sepa para qué están ni qué significan, á no ser una disonancia del buen gusto sacrificado a la claridad. En buena hora la *debácle* de los festejos, la pobreza de la iluminación y todos los etcéteras negativos, si tales cosas no implicasen un desangramiento del tesoro público, al precio vil de la necesidad. Pero, fatalmente, es esto último y no lo primero lo que perdura como una estela de triste memoria en las páginas del libro de cuentas del Estado, pasadas las embriagueces colectivas del feliz momento. La friolera de seis mil pesos ha costado á la Municipalidad las últimas iluminaciones y mucho más para las mismas ha desembolsado el Ejecutivo sin contar con que otras misas han exigido mayores sacrificios del Erario, con mucho menos provecho.

Es una atrocidad lo que duelen esas mendicantes ornamentaciones, esos cuatro palos de comparsa y esos velorios tradicionales, al son de morteros y charangas con que festejamos “el día de la rica comadre”, y eso cuando á lo mejor, después de sabias consultas, de longánimas suscripciones y gastos de un tiempo precioso, la fiesta no se nos ahoga y hacemos la más ridícula de las posturas clownescas, ante la visita espeluznada de quienes nos honran en esas congratulaciones con su presencia solemne. Verbo y gracia lo que ocurrió en el Carnaval pasado –verdadera plancha carnavalesca– en que todo quedó á medio afeitar, y algo así como catafalcos de burla en un funeral de Momo, se ostentaban en nuestra Plaza Independencia los que hubieron de ser arcos suntuosos, monotrelos de maderamen que inspiraban dolorosa risa.

Pues bien; todo lo dicho de mal gusto y de costoso dispendio, se evitará en lo futuro, con el nuevo sistema de iluminación que proyecta el señor Vidiella, importado de París, como una fresca primicia.

Se sabe el aspecto magnífico de las iluminaciones que se efectuaron últimamente en la gran capital en honor de Alfonso XIII, cuyo éxito ha dado la nota más culminante de novedad y de buen gusto, que se haya dado hasta la fecha en ese sentido, haciendo palpitar las crónicas mundiales de esos aleluyas, en una atronadora apología.

Sugestionado ante los dibujos de esos adornos, en verdad impresionantes por la gracia y por la belleza, el señor Vidiella ideó su plan de adopción y al efecto solicitó prospectos á la casa que hizo el servicio de las grandes fiestas internacionales de París, Henry Beau y Cía y á otras dos casas más con el precio correspondiente á la categoría de los adornos, obteniendo lo que solicita, con todos los detalles al respecto, según nos manifestó el propio señor Vidiella.

Dichos adornos se separan absolutamente de lo conocido en esa materia hasta el presente y se nos ocurre un arte nuevo que bien podría llamarse *lumbrecultura*, desde que se trata de cultivar la estética de luz, en una exteriorización de naturalidad perfecta.

Como todos los demás artes, nace la lumbrecultura imitando á la naturaleza, fuente de vida y de gracia eternas. Efectivamente, la luz dispuesta caprichosamente, se produce en una flora gallar-

<sup>29</sup> Publicado sin firma en la sección “Municipalidad” de *El Uruguay*, I, 27 (viernes 6 de octubre de 1905).

da y heterogénea, sustentada en ramazones pintorescas de jardinería. Admiraremos de ese modo variada multitud de alilas, crisantemos, lotos, orquídeas, floripondios, lirios, ya esbeltos, ya inclinados, ya lozanos, ya tristes, toda una familia luminosa brotando en matiz, en gracia, en encanto, en sugestibilidad, con el vigoroso relieve del rayo que la dibuja en la tela aérea bajo la inmensa noche circundante.

Será la espectración miliunanochesca de un parque encantado que se enciende de pronto y flota en el éxtasis; será la levitación espiritual de un billón de almas del bosque en la alegoría de un cuento de Hadas.

Aparte de constituir la nota más saliente de la elegancia y del alto *cachet* parisién, con que Montevideo se ufana en las grandes festividades, su costo es reducido relativamente. Todo es cuestión de adquirir los aparatos –pues, se aprovecharía la corriente eléctrica de la Usina del Arroyo Seco que el Gobierno tiene á su disposición–, resultando de esa manera unas iluminaciones extraordinarias por la belleza y por la novedad, con la ventaja perenne de un mínimo desembolso de los dineros municipales.

De cualquier manera, resulten ó no los esfuerzos del señor Vidiella para que se adopte dicho sistema oficialmente en las señaladas festividades públicas, persiste el firme propósito de engalantar el Palacio del Municipio en las grandes noches, con ese glorioso florilegio que ha hecho la embriaguez de París, por un momento, haciendo latir de voluptuosidad su loco y voluble corazón.

## Bibliografía

- Altolaquirre, Manuel (1989): “Nostalgia nerudiana. Se ha perdido un caballo verde”. En: “Los pasos perdidos”, número monográfico especial de la revista *Litoral*, 181-182: 148-149.
- Arreguine, Víctor (1897): *El positivismo y el Dr. D. Julio Herrera*. Montevideo: Imprenta Latina.
- Coyné, André (1988): “Testimonio”. En: Vallejo, César: *Obra Poética*. (Edición crítica coordinada por Américo Ferrari.) Nanterre *et al.*: Allca XX (Colección Archivos), pp. 730-731.
- Espejo Asturrizaga, Juan (1965): *César Vallejo. Itinerario del hombre*. Lima: Edit. Juan Mejía Baca.
- Franco, Jean (1988): “La temática: de *Los heraldos negros* a los ‘Poemas póstumos’”. En: Vallejo, César: *Obra Poética*. (Edición crítica coordinada por Américo Ferrari.) Nanterre *et al.*: Allca XX (Colección Archivos), pp. 575-605.
- Herrera y Reissig, Julio (2006) [1901-1903]: *Tratado de la imbecilidad del país por el Sistema de Herbert Spencer* (Transcripción, edición, estudio preliminar, postfacio crítico y notas por Aldo Mazzucchelli.) Montevideo: Taurus.
- Ibáñez, Roberto (1952): Testimonio original de Pablo Neruda sobre “Caballo Verde para la Poesía”, mecanografiado en la Colección Herrera y Reissig, Biblioteca Nacional de Uruguay, Departamento de Investigaciones y Archivos Literarios.
- Manacorda, Telmo (1939): *El gran infortunado*. Montevideo: Club del Libro.
- Oviedo, José Miguel (1988): “Cronología”. En: Vallejo, César: *Obra Poética*. (Edición crítica coordinada por Américo Ferrari.) Nanterre *et al.*: Allca XX (Colección Archivos), pp. 555-571.
- Penco, Wilfredo (1980): “Informe desde la Aldea”. En: *Maldoror*, 15, 41-43.
- Peñalver, Antonio/Moreno, Oscar (2006): “Revistas Históricas. *Caballo Verde para la Poesía*”. En: <[http://www.elecohernandiano.com/numero\\_14/prensa/prensa.html](http://www.elecohernandiano.com/numero_14/prensa/prensa.html)> (8.5.2009).
- Roxlo, Carlos (1916): “Julio Herrera y Reissig”. En: *Historia crítica de la literatura uruguaya*. T. VII. Montevideo: Librería Nacional A. Barreiro y Ramos, pp. 26-49.